

Caramelo

Las mujeres solas nunca están solas, siempre hay otras mujeres abriéndoles los brazos para darles el apretujamiento maternal que alivia, con los oídos atentos para compartir esas palabras que si se callan queman junto al sol que cae a plomo en las calles de Beirut; allí donde esas mujeres de belleza perturbadora y energía que inunda/ahoga a los hombres —que las ven pasar como jirones de una tormenta de arena—, se niegan a atarse a los cinturones de seguridad de sus automóviles hirvientes porque sienten que se ahogan, porque no sólo el calor y los reglamentos de tránsito las abrasan y mal abrazan, sino que los modos y tradiciones de una sociedad cachonda y cerrada, orgullosa y mil veces golpeada, perseguida, las tienen prisioneras, o pretenden tenerlas prisioneras, al menos arraigadas, porque estas mujeres solas que nunca están solas ya andan por las calles con el rostro descubierto, con los cuerpos vueltos estandartes de sí mismas, de su belleza mítica, mujeres que van apropiándose, lenta, penosa, alegremente, de sus destinos.

Es por eso que Nadine Labaki, la directora-escritora-actriz-monumento-sexy del delicioso filme *Caramelo*, vuelve el centro de su universo referencial un salón de belleza, con su marquesina rota quizá por los efectos de un bombardeo artero que ahora nadie quiere recordar porque la vida está allí, latiendo con los retumbos de un motor más poderoso: el amor. El amor postergado hasta la eternidad, porque la edad y la vejez van más allá de los relojes y los calendarios y se quedan a dormitar en las habitaciones y los talleres de estas mujeres que, aun en el carnaval solidario de las amigas y hermanas y madres que las rodean con sus cantos y rezos, bromas y disgustos, mentiras y verdades, riñas y besos, disfrutan con dulzor amargo su soledad. El amor que quema por ser prohibido —pues no hay caramelo más delicioso, picante y corrosivo que la azúcar prohibida—, amor que debe esconderse bajo un puente en un terreno sucio e inaccesible, un amor que contamina, condena y nutre —porque lo

que no mata a la mujer la fortalece—, el deseo y la pasión hacia un hombre casado que deja más sola que nunca a la mujer, sumida en un puro sobresalto, un tiempo muerto que transcurre lento junto al teléfono que un día dejará de sonar definitivamente, o en un cuarto de hotel adornado con papel picado y globos de colores divertidos e inútiles, una habitación vacía del hombre vacío porque en casa su hija —quien todavía no está sola— la espera con un pastel de dátiles, miel perfumada en agua de azar y pistaches triturados (entonces la

mujer sola enfrenta a la mujer acompañada en matrimonio y que en realidad sigue sola, aún más sola, solita, y al verla como en un espejo, tan distintas ambas, la reconoce como hermana, como gemela, aunque una jamás sepa el misterio de la otra). El amor anticipado que ha roto el himen de las costumbres y que debe ser restaurado con un simple par de puntadas. O bien, el amor exquisitamente lésbico, más clandestino aún, indeclarado e indeclarable, enterrado bajo los secretos que jamás deben ser revelados, porque el mundo no entiende nada de los mundos íntimos de la mujer, el mundo de patriarcas que va cediendo ineluctablemente a la sensualidad femenina y sus rituales.

Y el ritual es una masa de caramelo derretido que se posa y unge la piel y, de un tirón, arranca para dejar la piel de las mujeres que ya jamás estarán solas vuelta una caricia tersa, depilada, un otro caramelo de suavidad quemante, sensualidad que es puro tacto, pero que en el dulce filme libanés es igualmente imagen, y también es música y risotadas y gritos de fiesta.

Caramelo es un canto a la vida, a la parte femenina del mundo que ni es oscura ni es fría ni es húmeda de anegar —bueno, claro que es húmeda, más bien jugosa— sino que es luminosa y ardiente y sabrosa como las banquetas de la gran urbe que es Líbano.

Pero las mujeres solas que ya jamás estarán solas no han terminado su viaje hacia sí mismas, apenas comienzan. Por eso es que todas esperan. Todas aguardan, y mañana, cuando hayan recibido en sus puertas o en sus ventanas lo esperado, abrirán nuevas puertas para esperar, ya no sentadas, sino de pie, bailando, amando, velando por su ciudad, por sus hijos, por sus amores. Las mujeres que esperan ya no esperan, no, ellas van y se hacen del mundo. ¶

[permanencia]
involuntaria

Por Armando Vega-Gil | permanencia@m-x.com.mx
www.myspace.com/armandovegagil



CARAMELO

Líbano-Francia, 2007.

Dir. Nadine Labaki. Con Nadine Labaki, Yasmine Elmasri, Joanna Moukartzel

* Músico, cineasta y escritor. Fundador de *Botellita de Jerez* e integrante de *El Palomazo Informativo*